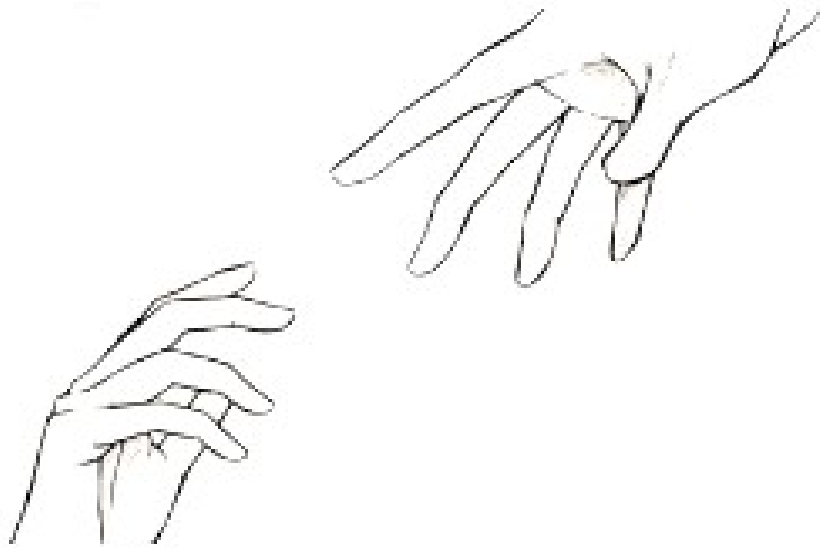


Quédate conmigo

Karina Hernández

Quédate conmigo



Alma Karina Hernández Suárez

Capítulo 1

"Vive siempre como si fuera el último día de tu vida, porque el mañana es inseguro, el ayer no te pertenece y solamente el hoy es tuyo."

S. Maximiliano Kolbe.

Capítulo 1

El principio del fin

Él solamente podía repetir una y otra vez: Quédate conmigo. Su voz había pasado de ser gritos a unos simples y lastimosos murmullos. Sentía que ya no podía respirar, el pecho se le había oprimido y no necesariamente porque estaba tumbado sobre el pesado y asfixiante suelo, sino porque estaba viviendo en vida una de sus peores pesadillas. Perdió por algunos momentos la sensibilidad de su brazo izquierdo por tenerlo tanto en aquella posición, sin embargo no podía retirarlo, lo único que quería era sentir el contacto de ella. Rodrigo sintió unas leves punzadas en su mejilla derecha, justo la que estaba pegada al suelo, a pesar de ello no le prestó atención. Los ruidos a su alrededor los sentía tan lejanos, luego de varios minutos en aquella situación, percibió que no importaba nada más que la persona a la que tenía enfrente y con la que no podía imaginarse vivir una vida sin ella.

Pensó que las cosas nunca salen como uno planea. Por más que uno siempre trata de controlar su vida, esta te enseña de mil maneras que a veces, simplemente en algunas ocasiones no será como tú deseas.

Esto lo había entendido muy bien Rodrigo, pensaba que había tardado toda una eternidad para comprender realmente el sentido de su vida, de ver lo que verdaderamente valía la pena en este camino tortuoso en que nos lleva a veces el destino.

El olor a quemado inundo sus sentidos, los espectadores que estaban ahí en algún lugar de la escena de su sufrimiento gritaban sin cesar, él lo único que deseaba con locura era escuchar el ruido de las sirenas de la ambulancia acercándose, se estiró un poco más para poder tomar bien la mano que tanto amaba, no sabía si era el sudor o la sangre lo que hacía

que se le resbalara, aún así la apretó fuertemente.

De repente alguien se acercó a él y le dijo algo, lo cual él no entendió, estaba como aturdido, solamente sintió que lo hicieron a un lado, y sin querer soltó esa mano a la que se había aferrado los últimos minutos. Lo que pasó después le pareció que transcurrió como en cámara rápida, como si todo se hubiera terminado en unos cuantos segundos, aunque claro que no comprendía que tal vez esos segundos acabarían con su vida como la conocía, y sobre todo lo cambiaría a él por completo, de nuevo.

Capítulo 2

Capítulo 2

Reencuentro

Rodrigo corría por los pasillos del Hospital Civil de Guadalajara, luego de pelarse con el guardia de la entrada y de pronunciar con prepotencia su apellido de abuelo Corcuera, así como de un par de llamadas a sus conocidos, pudo ingresar para ir a la habitación en donde se encontraba su padre. Treinta minutos antes su madre le había marcado para avisarle que su padre había sufrido un infarto y que había sido trasladado a aquel hospital.

Él no entendía como su padre se había encaprichado a que fuera atendido por su mejor amigo, un prestigioso especialista en cardiología de ese hospital, no renegaba de los conocimientos del médico, al contrario, comprendía que era de los mejores del estado, sin embargo existían otros hospitales de mayor categoría, por decirlo así en cuestión monetaria y de estatus social.

Cuando llegó al piso cuatro, en la central de enfermeras encontró a su madre, se acercó rápidamente a ella.

- ¿Cómo está? – preguntó con voz entrecortada debido al agotamiento.
- Está bien, le están realizando estudios, ha sido una advertencia de lo que pude llegarle a ocurrir si no reduce el estilo de vida que lleva – contestó con molestia su madre.

El padre de Rodrigo desde joven era imparable, ahora de mayor acudía a donde se le necesitaba sin parar en pensar en su salud, continuamente su mejor amigo, el cardiólogo Esteban Martínez le insistía en que debía descansar por su bien, a lo que él constantemente respondía que tendría mucho tiempo para hacerlo cuando ya estuviera muerto. Curiosamente en ese momento había estado a un paso más allá para que descansara, pero para siempre.

Rodrigo y su madre esperaron en la pequeña sala de espera frente a la central de enfermeras en lo que regresaban a su padre de sus estudios.

- Ya es demasiado el tiempo para que le hicieran estudios, ¿no lo crees? – cuestionó Rodrigo a su madre.
- Esto siempre ha sido muy tardado, no te preocupes, esta en las mejores

manos – contestó la mujer sacando un cigarro de su bolso.

- ¡Madre! ¡Aquí no se puede fumar, estamos en un hospital! – regañó en voz baja Rodrigo.

- Querido, si ahora mismo no me fumo un cigarro entraré en crisis, luego del susto que me acaba de dar tu padre, creo que merezco uno.

Rodrigo entornó los ojos, odiaba que su madre fumara, sin embargo se había hartado de rogarle para que lo dejara.

- Saldré unos minutos para poder fumar, cualquier cosa que necesites, me marcas al celular – dijo la mujer y se dirigió hacia el elevador.

Rodrigo se quedó solo en aquel lugar, observó a su alrededor, su pie derecho comenzó a moverse inconscientemente, como un tic nervioso, detestaba los hospitales, había tenido malas experiencias en estos sitios. Los minutos avanzaban y no aparecían señales de su padre, se estaba comenzando a asfixiar en ese espacio, se levantó y caminó hacia la central de enfermeras para preguntar cuánto más se tardarían en regresar a su padre a la habitación.

- Disculpe, ¿me podría informar si ya terminaron de realizarle estudios a mi padre? – preguntó a la enfermera algo mayor que se encontraba sola en el área.

- ¿Cuál es el nombre de su padre? – cuestionó la enfermera sin mirarlo.

- Rodrigo Corcuera Cervantes – respondió.

La enfermera revisó unos documentos un par de minutos.

- No le sabría decir si ya terminaron de practicarle los estudios... - decía la enfermera, no obstante Rodrigo la interrumpió.

- Pero ¿se tardarán más en traerlo a su habitación? – insistió el chico de mala gana.

La enfermera lo miró por fin, no le pareció la forma en que él le había contestado.

- Mire señor, yo no soy la enfermera encargada de su padre, así que yo ignoro la información, si me da un par de minutos veré que puedo investigar para usted – respondió la enfermera respirando profundamente para no ser grosera con él, aunque no se lo merecía.

- Ya lleva muchas horas y nadie sabe decirme nada sobre él, ¿qué acaso nadie hace su trabajo en este hospital? – dijo Rodrigo subiendo la voz.

La gente de alrededor escuchó lo que él acababa de decir, la enfermera respiró hondo nuevamente tratando de contenerse y no contestarle de la misma manera.

- ¿Sucedó algo malo? – preguntó una mujer detrás de Rodrigo.
- Doctora, este señor está preguntando por un paciente, pero ya le dije que no tengo la información que me pide.
- ¿Cuál es el nombre de su padre? – cuestionó la mujer detrás de Rodrigo dirigiéndose ahora hacia él.

Él tomó aire, se estaba desesperando, ¿por qué tenía que volver a repetir lo que acababa de decir a la enfermera? Ya algo molesto se volteó para ver de frente a la doctora.

- Mi padre es Rodrigo Corcuera Cervantes – dijo de forma prepotente.
- Él es mi paciente – respondió la doctora sin darle importancia al tono de voz de aquel hombre.

Entonces Rodrigo la tuvo de frente, la miró molesto, no obstante luego se extrañó al verla, estaba muy joven como para ser la doctora de su padre.

- ¿Usted es su doctora? – interrogó no muy convencido.
- Sí, así es – contestó la doctora.
- Pensé que lo estaba atendiendo el doctor Esteban Martínez – dijo de mala gana.
- También eso es correcto. Yo soy la doctora Viridiana Montes, soy residente del doctor Martínez.

Ella extendió la mano para saludarlo, sin embargo la retiró de inmediato cuando Rodrigo ni si quiera se movió.

- ¿Qué es lo que necesita saber de su padre? – volvió a preguntar la doctora.
- Quiero saber si ya van a traerlo a su habitación, ya se tardaron demasiado tiempo realizándole estudios.
- No se preocupe, él estará en cualquier momento en su cuarto, acaban de terminar de practicarle el último, ya estarán en camino para acá – contestó cortésmente.

Rodrigo movió la cabeza aun enfadado y se alejó rumbo a la ventana, estaba cansado de ese lugar y de su personal, pensó que si su padre estuviera internado en un hospital decente no tendría que convivir con gente incompetente.

- Disculpe – escuchó de pronto detrás de él - ¿Eres Rodrigo Corcuera Madrigal?

Él escuchó la pregunta, sin embargo no tenía ganas de contestar, la persona que lo hacía era la residente con la que acababa de hablar.

- Sí, soy yo – respondió otra vez de mala gana.
- No puedo creerlo, hace años que no sabía nada de ti – dijo de pronto la

residente.

Rodrigo se sorprendió por la respuesta, ¿por qué ahora ella estaba hablándole como si se conocieran de años? Se volteó para decirle que lo dejara en paz, a pesar de ello esta habló de nueva cuenta.

- No sabes quién soy yo, ¿verdad? – preguntó divertida viéndolo a los ojos.

Rodrigo no estaba de humor para aquello, lo único que quería era ver que su padre estaba bien y salir corriendo de ese hospital que lo asfixiaba por completo.

- ¿Debería de saber quién eres? –inquirió molesto.

- Estuvimos juntos en la secundaria. Soy Viridiana Montes...- insistió la médica, aun así Rodrigo no cambiaba su rostro de confusión – Fuimos amigos en la secundaria.

- ¿Tú y yo amigos? – protestó incrédulo, él sabía que ella no sería el tipo de amigos que tendría.

- Sí, sé que físicamente he cambiado demasiado, sin embargo en aquel entonces estaba más chaparrita y gordita, era la ñoña del salón que usaba lentes. Todo el tiempo estábamos juntos, éramos inseparables.

Entonces la mente de Rodrigo trajo el recuerdo de ella, abrió mucho los ojos por la sorpresa, en su mente tenía la imagen de una chica blanca, gordita con lentes, una chica invisible a la que nadie le hacía caso, excepto él.

- ¿En serio eres tú? – replicó nuevamente incrédulo, la chica a la que ahora tenía a la vista era totalmente diferente a la que recordaba, en la actualidad estaba un poco más alta, delgada, tenía un rostro fino que dejaba ver lo hermoso de su rostro, pensó que realmente los años ayudaban a cierta gente a verse mejor, ella era el claro ejemplo de eso.

- Sí, soy yo – contestó sonriendo – Tú también cambiaste mucho. Nada que ver con el niño delgaducho, tímido y con lentes con el que hacía la tarea.

Rodrigo torció la boca, odiaba que le recordaran como era antes, sus tiempos de la secundaria no habían sido muy agradables, cuando entró a la preparatoria se convirtió en una persona totalmente diferente.

- Bueno, todos cambiamos – alegó cortante.

Viridiana se dio cuenta de la forma en que le había respondido y se quedó unos minutos en silencio. En ese momento pasó una camilla en compañía de un médico y de un enfermero, en ella iba su padre.

- Si me permites, ahí va mi padre y quisiera verlo – dijo sin esperar respuesta.
- Claro, adelante – contestó la residente haciéndose a un lado para que él pudiera pasar - ¡Oye, espera!

Rodrigo que ya llevaba unos cuantos metros de distancia se detuvo y suspiró hondo.

- Que te parece si intercambiamos números de celular y luego cuando tengas tiempo y tu papá este mejor, podamos vernos y platicar – comentó la doctora.
- Claro – dijo en voz baja Rodrigo.

Ella le dictó su número de teléfono el cual Rodrigo fingió anotarlo en su celular, la verdad es que no le interesaba tener contacto con ella.

- Entonces espero tu llamada – concluyó la doctora.
- Claro, yo te marco – respondió dándose la vuelta y alejándose lo más pronto posible de ella.

A lo lejos escuchó la voz de su padre hablar con su mejor amigo, así que entró en la habitación. Se relajó cuando lo vio bromeando con el cardiólogo.

- ¡Hola, Rodrigo! – saludó el médico.
- ¡Hola, hijo! – lo saludó su padre.
- ¿Cómo estás? – le preguntó Rodrigo.
- Ya estoy mejor, solo fue un susto – dijo sonriendo.
- Un susto que pudo ser otra cosa más grave – reprendió el doctor a su mejor amigo – Debes de tomar en cuenta de que esto es solo un aviso de lo que puede pasar si no te cuidas.
- No me va a pasar nada – respondió sin darle importancia a lo que el especialista había dicho – Como dicen por ahí, hierba mala nunca muere.
- Papá...- dijo Rodrigo entornando los ojos.
- Los dejo para que puedan platicar a gusto – contestó de pronto el médico – Y por favor, Rodrigo, cuídalo mucho.
- Lo haré – respondió y se despidió de él.

Padre e hijo se quedaron en silencio por unos minutos.

- Estás molesto conmigo, ¿verdad? – dijo el señor Corcuera a su hijo.
- Claro que lo estoy, pero estoy más preocupado por tu salud, tienes que cuidarte – le rogó.
- Fue lo mismo que me dijo tu madre – contestó – Hasta en eso son iguales. Por cierto, ¿dónde está ella?
- Salió un momento a fumar, tenía los nervios de punta – respondió.

Ambos se quedaron mirando, a ninguno de los dos se les daba la plática familiar, podrían pasar horas discutiendo sobre temas jurídicos, no obstante cuando se trataba de una simple charla entre padre e hijo, nunca sabían qué decir.

- Si a tu madre y a ti les ayuda a que no se preocupen por mí, trataré de cuidarme, no les prometo nada, sin embargo lo intentaré – puntualizó el señor Corcuera.

- Gracias – respondió Rodrigo asintiendo con la cabeza.

Aquellas palabras ya eran demasiado para su padre, y esperaba que las cumpliera. Rodrigo adoraba a aquel hombre, aun cuando siempre había sido un hombre dedicado al trabajo, hasta el momento no le había fallado como padre, aunque claro jamás había sido muy cariñoso, sabía que a su manera lo quería por completo.

Capítulo 3

Capítulo 3

Los de abajo

Rodrigo caminaba felizmente con un ramo de flores en la mano. Aquella noche se suponía que debía haberse quedado a cuidar a su padre en el hospital, sin embargo otro gran amigo del segundo se había ofrecido para pasar la noche con él.

Luego de tres días de hospitalización, el señor Corcuera parecía recuperarse, Rodrigo aprovechó que él ya estaba mejor para visitar de sorpresa a su prometida. Mariana Echeverría era la mujer que amaba profundamente, se habían conocido en la facultad, ella era hija de un prestigioso abogado y estaban tan solo a unos meses de casarse.

Mariana era una chica guapa, si hubiera querido podría ser una gran modelo, a pesar de ello había elegido, como Rodrigo, seguir con la profesión familiar. Ella era una excelente abogada, toda una profesional, esto era una de las cosas por las que Rodrigo se había enamorado locamente de ella. Todos pensaban que ellos eran la pareja ideal, como salida de un cuento de hadas.

Rodrigo llegó hasta la puerta del departamento de su futura esposa, estaba ansioso de poder pasar un tiempo con ella, pues lo necesitaba luego de varios días complicados por el susto que su padre les había dado.

Sacó las llaves para abrir la puerta, sabía que sería una gran sorpresa para su novia de que él estuviera ahí, ella le comentó que pasaría la noche estudiando un caso en el que estaba trabajando. Rodrigo luego de enterarse de que podía tener la noche libre de cuidar a su padre en el hospital, se apresuró hacia el hogar de su prometida.

Él había pensado en ayudarla en su estudio del caso y tomar unas copas del vino tinto favorito de ella mientras discutían su trabajo. Rodrigo abrió la puerta silenciosamente, no quería que Mariana se diera cuenta de su presencia por el ruido de la puerta. Cruzó la sala rumbo a la cocina, puso el ramo de flores en un florero con agua, tomó una botella de vino y sirvió el líquido en dos copas, dejó el florero en la mesa de la sala y con las dos

copas se dirigió hacia la habitación.

Conocía perfectamente a su prometida, sabía que cuando se ponía a estudiar algo importante se encerraba en su recámara. Cuando se iba acercando a la puerta del cuarto, escuchó unos ruidos, caminó con sigilo, tomó la chapa y la giró. Con una gran sonrisa y con las dos copas de vino abrió la puerta.

Él estuvo a punto de decir algo, pero la escena que tuvo ante sus ojos lo dejaron atónito. Se petrificó por unos segundos, no podía creer lo que veía. En la cama estaba su prometida teniendo relaciones sexuales con su mejor amigo.

Trató de gritar, sin embargo su garganta no hizo ni el menor ruido. Quiso moverse para salir de ahí, no obstante sus piernas no reaccionaban. De pronto se escuchó un ruido estrepitoso, el sonido de dos copas chocar contra el suelo y romperse despertaron a Rodrigo de su conmoción.

Mariana y Eduardo oyeron aquel ruido e inmediatamente voltearon hacia la puerta, Rodrigo los vio por unos segundos.

- ¡Rodrigo! -gritó Mariana sorprendida.

Entonces por fin su cuerpo le respondió, él se dio la media vuelta y se dirigió hacia la puerta de salida, detrás de él escuchó movimiento, la voz de Mariana suplicándole que esperara no hicieron que se detuviera, Rodrigo lo único que quería era salir de ahí, alejarse de aquellas dos personas en las que había confiado y que lo habían traicionado.

Entró en el auto y golpeó el volante con las manos, en ese momento tenía sentimientos encontrados, se sentía defraudado, enojado, triste y confundido. Tomó su celular y llamó a sus amigos, necesitaba a alguien con quien desahogarse.

Viridiana se encontraba en su habitación, aquella era su noche libre del hospital y estaba sobre su cama estudiando. Su madre le había dicho que aprovechara y saliera a divertirse con sus amigos en una noche de sábado, no obstante ella siempre había preferido pasar el tiempo leyendo que irse de fiesta.

Ella soltó el libro y lo puso sobre la cama, tomó su celular, desde hacía tres días esperaba la llamada de Rodrigo Corcuera. Él había representado una parte importante en su vida en su época de secundaria. Aunque perdieron el contacto lo seguía considerando su amigo. Por muchos años trató de contactarse con él, sin embargo desde que la familia de este se

mudó de la colonia en donde ambos se conocieron, no supo más de él.

Fue una maravillosa noticia encontrárselo en el hospital y estaba ansiosa por continuar con aquella amistad que había quedado en pausa hace algunos años. Existía algo en Rodrigo que la hacía sentirse cómoda con él, cuando estaban en la secundaria había sentido una conexión entre ambos que jamás se repitió con nadie más. El joven la había entendido por completo, se conocían perfectamente, sabían lo que pensaba el otro con solo ver un gesto, eran de esas amistades que pasan una vez en la vida.

Aunque ya habían pasado tres días luego de su reencuentro, no volvió a tener noticias suyas, puesto que él había quedado en llamarle, no obstante hasta ese momento aún no sucedía. Pensaba que era debido a que este se encontraba muy ocupado cuidando a su padre.

Al día siguiente de ver a Rodrigo en el hospital, el señor Corcuera la había reconocido y le pasó el número de celular de su hijo para que ella se comunicara. Durante el día del sábado estuvo pensando en llamarle a Rodrigo e invitarlo a tomar un café para contarse todo lo que habían hecho durante todos esos años que no se veían, no obstante se detuvo a último momento, pensó que por ser sábado en la noche tal vez estaría con su prometida.

A pesar de ello esa idea seguía rondando su mente, por lo que tomó su celular y le llamó. Sonó unos cuantos segundos, pero nadie contestaba, cuando estuvo a punto de colgar, la voz lejana de Rodrigo la hizo reaccionar.

- ¡Hola, Rodrigo! - saludó un poco nerviosa.

- ¿Quién habla? - preguntó con dificultad el muchacho.

- Soy Viridiana.

- ¿Viridiana? - volvió a decir el abogado con trabajo.

- Sí, tu amiga de la secundaria - le contestó tímidamente - Nos vimos en el hospital hace tres días.

- ¡Ah, sí! - respondió sin darle mucha importancia Rodrigo.

- Estaba pensando en que quizás si hoy no estabas muy ocupado - continuó Viridiana - Podríamos ir a tomar un café y platicar.

Hubo un gran silencio, el corazón de Viri latía al mil.

- Mira - dijo por fin el chico - En este momento no tengo ganas de hablar

con nadie - de repente se interrumpió, le estaba costando hablar.

- ¿Estás bien? -interrogó Viridiana.

- Estoy... bien -respondió.

Entonces Viridiana puso atención a como hablaba Rodrigo, aunque él trataba de disimular, se notaba que estaba ya un poco ebrio.

- ¿Estás borracho? - preguntó.

- No, no estoy borracho - contestó él - Por lo menos no todavía.

- ¿Seguro? - insistió ella.

- Digamos que solo estoy un poco contento.

- Creo entonces que te estas divirtiendo con tus amigos...

- ¿Amigos? - gritó de pronto Rodrigo - Yo no tengo amigos. Jamás los he tenido. Yo no necesito a nadie, solamente he estado rodeado de gente hipócrita.

- ¿Estás solo? - preguntó ella un poco preocupada.

- No necesito a nadie. A parte no estoy solo, aquí estoy con un buen hombre que pone atención todo lo que le digo...

De repente se escuchó un ruido, como algo o alguien cayéndose.

- ¿Rodrigo? ¿Estás ahí? - gritó Viridiana, no obstante nadie le contestaba.

De pronto se pudo oír como alguien tomó el celular.

- ¿Rodrigo? - insistió ella.

- Señorita, en este momento él no puede atender su llamada, creo que esta un poco pasado de copas, o mejor dicho de tequilas.

- ¿Quién habla? - quiso saber Viridiana.

- Me llamo Roberto, soy el cantinero de este lugar.

- Podría hacerme el favor de decirme el sitio en dónde está Rodrigo para ir por él.

- Claro, el lugar se llama Cantina La Fuente, ¿sabes dónde está?
- Sí, sé dónde se ubica - se levantó de pronto de la cama - ¿Podría ayudarme a cuidarlo en lo que llego allá?
- No se preocupe, lo cuidaré hasta su llegada... - otro ruido se escuchó a lo lejos - Aunque le agradecería que fuera lo más pronto posible.
- Espero estar ahí en veinte minutos - y colgó.

Para cuando Viridiana arribó a la cantina encontró a Rodrigo cantando a todo pulmón canciones rancheras. Era toda una escena, sonrió y movió la cabeza, su amigo era todo un personaje en estado de ebriedad, hasta en ese momento era sociable, pues en compañía de otros borrachos entonaban fuertemente las canciones.

Viridiana se acercó a la mesa.

- ¡Hola, desconocido! - dijo Viri.
- ¡Viridiana Montes! - gritó Rodrigo - ¿Qué estás haciendo aquí?
- Tal parece ser que vine a rescatarte de una probable indigestión alcohólica - contestó divertida viendo la gran cantidad de botellas en la mesa - ¿Puedo preguntar a qué se debe esta borrachera?
- Un hombre no puede ponerse una guarapeta porque significa que hay algo detrás -replicó tambaleándose.

Viridiana corrió hasta él y lo acomodó en la silla. Tomó una que estaba a un lado y se sentó.

- Tal vez han pasado demasiados años luego de que nos vimos, pero sé que tú no eres esa clase de personas que se emborrachan por el simple gusto de hacerlo, por lo menos no a tal grado.

Rodrigo trató de mirarla fijamente, sin embargo su estado de alcoholismo se lo impedía, no entendía cómo ella podía afirmar lo que acababa de decir si habían pasado más de siete años que los separaban, en aquel tiempo ambos cambiaron, hasta convertirse en lo que ahora eran.

- Tú no me conoces -espetó de mala gana y tomó de prisa un caballito de tequila.
- Claro que te conozco -replicó decidida.

Él se sorprendió por la respuesta y por el tono que lo hacía. La observó de reojo, pensó que él ya no la conocía, por lo menos físicamente ella había

cambiado de una forma drástica, se había convertido de un capullo gordo y sin chiste a una hermosa flor.

- Mi padre solía decir que las personas no cambian, podrán modificar algunas cuestiones de actitud o físicas, sin embargo en el interior, el alma sigue siendo igual, para bien o para mal. Y sé que muy en el fondo, sigues siendo aquel chico pecoso de lentes que se convirtió en mi gran amigo.

Rodrigo tragó saliva, jamás le habían dicho algo así, ni siquiera su novia o sus supuestos amigos.

- Ahora, ¿puedo saber por qué estás así? - cuestionó mirándolo a los ojos.

Él se movió un poco incómodo de su silla, su mirada dulce lo había hecho sentir raro.

- Es por un problema personal - dijo en voz baja.- Con tu prometida, supongo.

- ¿Cómo lo sabes? - preguntó sorprendido.

- Por lo general los hombres suelen ponerse ebrios por una mujer, es como una regla para ustedes, ahogar las penas de amor en alcohol.

Rodrigo apuró el caballito que ya tenía servido y volvió a vaciar tequila en el vaso.

- Encontré a mi prometida acostándose con mi mejor amigo -comentó de pronto.

Viridiana sacudió la cabeza en afirmación.

- ¿Y qué piensas hacer? - preguntó su amiga.

Él volvió a sorprenderse, no esperaba aquella interrogante, por lo general en esas situaciones llovían las preguntas tontas sobre cómo estaba, no obstante ella no lo había hecho, se dio cuenta que la chica que ahora lo veía esperando su respuesta no era común, no era como las demás.

- No lo sé - volvió a contestar en voz baja.

- Es normal que no lo sepas - respondió ella - Necesitas tiempo para pensarlo y no debes tomar tu decisión a la ligera.

- ¿Qué es lo que debo hacer?

- Nadie debe de contestar esa pregunta por ti - dijo mientras le hacía una seña al cantinero pidiéndole un vaso - Solo tú debes de responderla. Pero no ahora y tal vez ni mañana, porque lo más seguro es que lo único que tendrás en tu cabeza será la resaca que te dará.

Ambos se quedaron en silencio unos minutos, Viri lo miraba queriendo formular una pregunta, aun así no se animaba.

- ¡Suéltalo ya! -manifestó Rodrigo - Reconozco esa mirada. Solías hacerla cuando estábamos en la secundaria y querías decir algo.

- Bien - dijo ella - ¿Dónde están tus amigos? Por teléfono dijiste que no tenías amigos, que todos son unos hipócritas.

- Y eso es verdad - interrumpió él sirviéndose más tequila.

- ¿Qué sucedió con ellos? - quiso saber Viri.

Rodrigo suspiró hondo y cerró unos segundos los ojos, ya comenzaba a sentirse bastante mareado.

- Resulta que todos mis amigos, que también son amigos del imbécil que creía que era mi mejor amigo, sabían que ellos me ponían el cuerno desde que estábamos en la facultad.

Viridiana abrió mucho los ojos por la sorpresa, ¡vaya amigos que él tenía!

- En ese caso - dijo mientras buscaba al cantinero o a un mesero - Creo que esa botella no nos será suficiente.

Ella encontró al cantinero y le señaló la botella que estaba en la mesa para que les llevaran una igual.

- Esta la invito yo - dijo cuando un mesero llevó la botella y un vaso para ella - ¡Salud! - decía alzando su vaso hacia él.

- ¿Salud, por qué? - preguntó de mala gana.

- Por los desamores - respondió Viri - Y para no volverlos a encontrar.

Rodrigo alzó también su vaso y luego ambos se tomaron de un solo trago el tequila.

- Si vamos a tomar por mal de amores - dijo ella haciendo gestos por el tequila, tomó un limón - Vamos a hacerlo como se debe.

- ¿Y cómo es eso? - cuestionó él confundido.

- Cantando en su honor - Viridiana volteo hacia el cantinero - Podría ponernos la canción de Aquí abajo de Christian Nodal, por favor.

El cantinero movió la cabeza de forma afirmativa, ella volvió a llenar los vasos de ambos.

- Supongo que no conoces esta canción - dijo Viri - Bueno, digamos que es como un himno para los que hemos sufrido mal de amores.

- ¿Hemos sufrido? - preguntó Rodrigo extrañado.

- Claro, ¿crees que eres el único en este mundo que sufre por un amor? Yo también hace algún tiempo pasé por algo similar, sin embargo este no es el momento de hablar de mí.

- ¿Y cómo lo superaste?

- Decidí seguir adelante - dijo encogiéndose de hombros - Llega un momento en que debes decidir entre continuar con esa piedra con la que tropezaste o seguir sin ella. Yo obviamente elegí lo segundo, claro que no fue fácil, pero tampoco es imposible. En su momento tendrás que decidir también.

La canción ya había empezado, Viridiana alzó nuevamente su vaso.

- Por los que estamos aquí abajo.

- Por los de aquí abajo - respondió Rodrigo.

Capítulo 4

Capítulo 4

En deuda

El despertar del día siguiente no fue tan revelador como había esperado Rodrigo que fuera. Con una terrible resaca se levantó de mala gana, fue hacia la cocina para prepararse algo y tomarse alguna pastilla que desapareciera el agonizante dolor de cabeza.

Luego de echarse la pastilla en la boca y beber un poco de agua para pasársela, se sentó en uno de los bancos del desayunador. Escuchó un silencio profundo en su departamento, respiró hondo mientras masajeaba sus sienes con los dedos. Ahora entendía aquella canción de Antonio Aguilar que decía que si en la borrachera te ofendí, en la cruda me sales debiendo.

Trató de recordar lo que había sucedido la noche anterior, las imágenes se reproducían como flashazos, no tenía una idea general de lo que pasó, ni siquiera recordaba cómo llegó a su departamento. De repente su mente trajo la imagen de Viridiana Montes sonriendo frente a él y encontró su respuesta, lo más probable era que ella lo había llevado hasta ese lugar.

Escuchó unos toquidos en la puerta, no obstante como los oyó muy distantes por el dolor de cabeza no se movió de su lugar, no sabía quién podría ser y no le interesaba, no quería ver a nadie en ese momento, sin embargo la persona que llamaba a la puerta insistía. Se levantó irritado hacia ella, estuvo a punto de gritarle al intruso del otro lado de la puerta, a pesar de ello se paró en seco cuando vio a la doctora Viridiana.

- ¡Buenos días! – dijo la chica.
- ¡No sé qué tienen de buenos! – vociferó Rodrigo.
- Creo que alguien no ha amanecido bien – contestó ella de buena manera haciendo caso omiso de la actitud de él – Supuse que te levantarías con resaca debido a las grandes cantidades de alcohol que tomaste anoche, así que decidí traerte algo para que comas y te sientas mejor.

Rodrigo enarcó las cejas, la observó detenidamente de pies a cabeza por unos segundos, Viridiana estaba ahí, parada frente a él toda sonriente y cargada de comida, no entendía que era lo que ella estaba tratando de hacer, aunque para ser franco con él mismo, aquella chica que tenía años que no veía y que ahora era toda una desconocida para él, estaba

haciendo mucho más que las personas que consideraba sus amigos.

Rodrigo se hizo a un lado para que ella pudiera entrar, le indicó dónde se encontraba la cocina y caminó detrás de esta todavía pensativo. Seguía con la mirada sus movimientos mientras Viridiana vaciaba menudo en platos. Trató de recordar a la niña que había sido ella cuando estaban en la secundaria, en el tiempo en que supuestamente eran mejores amigos, no obstante solo pudo recordar lo que había visto en fotografías, no supo qué sentir cuando se dio cuenta de que él la había borrado de su memoria, y en cambio esa chica, que una noche anterior lo rescató de la cantina, parecía que lo recordaba como si nunca hubieran perdido el contacto, como si el tiempo no los hubiera separado por demasiados años.

El olor a comida hizo que un ruido proveniente de su estómago le anunciara que estaba completamente hambriento. Ambos se sentaron en el desayunador para comer en silencio, a pesar de ello Rodrigo no encontró aquella situación incómoda, de hecho le resultaba gratificador aunque no quería aceptarlo, el estar con ella de esa forma le era agradable, había algo en esa chica que con su sola presencia podía poner en orden todo a su alrededor. Él siempre había odiado los silencios prolongados, jamás en lo que llevaba de su vida se sintió de esa manera con alguien, ni siquiera con su prometida, por eso siempre procuraba evitar esos momentos.

Mientras comían, la veía de reojo, era algo loco sentirse cómodo en compañía de una completa extraña, porque a pesar de todo eso era para él, una desconocida, aun así no dijo nada, dejó que ese instante pasara.

Capítulo 5

Capítulo 5

Conexión

La una de la mañana marcaba el reloj de pared que Rodrigo tenía en la habitación que usaba como oficina en su departamento. Aunque los ojos se le cerraban, se esforzó por mantenerlos abiertos, estaba trabajando en un caso algo complicado, pero a él le encantaban los retos, así que luego de descubrir la infidelidad de su prometida, se había mantenido trabajando en exceso, no quería tener ni un momento libre para no pensar en eso.

Desde aquel día Mariana lo estuvo buscando para hablar con él, luego de evitarla por varios días accedió a encontrarse con ella, sin embargo aquella plática lo dejó más confundido, puesto que su prometida le había pedido perdón y le rogó para que volvieran diciendo que lo que tuvo con Eduardo no significaba nada para ella, que el hombre al que realmente amaba era él y le prometió que jamás volvería a hacerlo.

Rodrigo no supo qué contestar en aquel momento, Mariana era la mujer de la que creía que se había enamorado locamente y con quien deseo casarse y tener una familia. A pesar de ello se sorprendió cuando solamente le respondió que lo pensaría, que necesitaba tiempo para asimilar todo. Desde que iba en camino para encontrarse con ella, sabía que en cuanto la viera le perdonaría todo, se abrazarían, besarían y continuarían con los planes de la boda, a pesar de esto a último momento había cambiado algo y dijo otras cosas, estaba sorprendido por lo que hizo, siempre había sucumbido a los encantos de Mariana y en los años que llevaban de noviazgo él era el que cedía para todo.

Él dejó la pluma sobre los papeles unos minutos y se frotó la cara con ambas manos exhausto, debía irse a dormir, eso era lo que necesitaba. Cuando estuvo a punto de levantarse de su silla, su celular sonó, revisó el número, no lo conocía y no lo tenía guardado en sus contactos, sin embargo se le hacía vagamente familiar, contestó.

- Bueno – dijo.
- Rodrigo – escuchó la voz de una mujer entre sollozos.

Él no pudo reconocer la voz, aunque si notó que aquella persona que le llamaba estaba llorando.

- ¿Quién habla? – preguntó.
- Soy Viridiana – contestó la mujer, hizo una breve pausa para tomar aire
- Disculpa que te llame a esta hora, pero necesito hablar con un amigo.

Rodrigo se sorprendió, que ella lo considerara de esa manera era bastante raro, sobre todo porque aun a pesar de lo que ella había hecho por él, no la consideraba su amiga, claro que estaba agradecido por el apoyo que le brindó en esos momentos difíciles, no obstante eso era todo lo que él sentía por ella.

Viridiana tomó aire de nuevo y continuó hablando sin esperar respuesta por parte de Rodrigo.

- Sé que vas a pensar que estoy loca.
- Demasiado tarde, ya lo pensaba –dijo él para sí mismo.
- Hoy no estoy teniendo una buena guardia – siguió Viri – He perdido a un paciente...- se le quebró la voz y empezó a llorar.

Rodrigo no sabía qué hacer, nunca había sido bueno para reconfortar a la gente, se pasó la mano por el cabello algo incómodo.

- Pero no es algo normal que les puede pasar a los médicos – contestó Rodrigo, aunque al final se arrepintió de haberlo dicho.
- Yo nunca había perdido a ninguno – respondió en voz baja – Es el primero.

Rodrigo hizo una mueca y cerró los ojos, sí, se arrepentía de lo que acababa de decir.

- Su cirugía se complicó y lo perdimos en el quirófano – volvió a hablar ella.
- Todas las cirugías son peligrosas. Es impredecible que sucederá durante la misma, no es tu culpa lo que sucedió, ¿o acaso hiciste algo mal? – Rodrigo recordó estas palabras que el doctor Esteban siempre solía decir.
- No. El procedimiento se realizó como debe hacerse, fue algo inesperado que surgió debido a la condición del paciente.
- Entonces deja de culparte por algo que no hiciste – él volvió a arrepentirse, pero esta vez por el poco tacto con que había dicho aquellas palabras, en vez de darle animo parecía que la estaba regañando – Hiciste todo lo que estuvo en tus manos, recuérdalo siempre – continuó tratando de ser más sensible.
- Lo sé – contestó ella.

Ambos se quedaron en silencio, Rodrigo estaba desesperado por terminar aquella llamada, él era la peor persona para platicar de esos temas, siempre pensaba que el sentimentalismo era para débiles, su padre le había inculcado aquella mentalidad y aunque su madre alguna vez le dijo lo opuesto, Rodrigo era como su padre en muchos aspectos, por esa razón

eligió ser abogado, en esta carrera podía ser franco y directo sin temor a dañar a los demás por ser rudo, como le solía decir su madre que era.

- Muchas gracias por escucharme – dijo de pronto la chica – Necesitaba ver las cosas de otra perspectiva, de alguien que no lo viera de forma médica.

- No tienes nada que agradecer – respondió el abogado listo para apretar el botón de colgar.

Ella trató de decir algo más, sin embargo Rodrigo la interrumpió despidiéndose y sin esperar contestación alguna colgó. Suspiró hondo cuando dejó el celular sobre el escritorio, seguía sin entender por qué ella continuaba buscándolo, como si fueran mejores amigos de toda la vida, aun a pesar de que él no la había llamado desde el desayuno después de su borrachera, al día siguiente cuando él volvió a su rutina diaria, se olvidó de ella, como lo había hecho durante tantos años, incluso sabía que al día siguiente ni se acordaría nuevamente de la doctora.

Luego de colgar con Viridiana se dispuso para acomodarse para irse a dormir, sin embargo no pudo conciliar el sueño, su consciencia le decía que se había comportado como todo un patán con ella, cuando aquella chica solo quería que un amigo la consolara.

Trató de acomodarse en la cama, aunque quiso alejar aquel sentimiento de culpa no pudo, se sentó en la cama, después de meditar unos cuantos segundos vio el reloj que marcaba las dos y media de la mañana, se levantó y se vistió, tomó sus llaves y salió del departamento.

En el camino se desvió para comprar dos cafés en una tienda de conveniencia y se dirigió al hospital en el que Viridiana trabajaba, no sabía por qué, aun así algo lo llevaba hasta aquel lugar.

Se estacionó lo más cerca que pudo en la entrada del hospital y marcó por celular.

- Bueno – contestó la voz de la chica todavía un poco triste.

- Viridiana, soy Rodrigo – dijo luego de pensar en lo que le iba a decir - ¿Crees que te puedas escapar unos minutos? Estoy aquí afuera del hospital.

- Sí, claro – dijo algo confundida – Voy a pedir mi tiempo de descanso. En unos minutos voy.

Rodrigo esperó unos cuantos minutos con los dos cafés en las manos, luego vio a la doctora salir por la puerta y revisar a ambos lados para encontrarlo, él alzó uno de los vasos de café para que pudiera verlo, ella se dio cuenta y caminó en su dirección.

Cuando ambos estuvieron frente a frente, se quedaron unos minutos en silencio, entonces él le extendió uno de los vasos.

- Es para ti – dijo un poco tímido.
- Gracias – contestó tomando el vaso.
- No sé cómo te gusta el café, pero lo serví a mi gusto, espero que sea de tu agrado.

Ella tomó un sorbo del café, estaba delicioso, aunque para su gusto le hubiera puesto un poco más de azúcar, aun así estaba bien.

- Esta perfecto, gracias – respondió ella.

Volvieron a quedarse en silencio, ninguno de los dos supo qué decir.

- ¿Cómo sigues? – atinó a preguntar Rodrigo.
- Mucho mejor, gracias – dijo Viridiana.
- Me gustaría que me disculparas por lo de hace rato – continuó el abogado – Tú solo querías hablar con un amigo y yo te traté muy mal...
- No tienes por qué disculparte – interrumpió la chica – No debí llamarte a esa hora, ya era muy tarde.
- Aun así debí escucharte. Tú fuiste por mí y me cuidaste cuando yo estuve mal hace unos días, lo menos que podía hacer era tratar de escucharte. Si aun quieres desahogarte, aquí estoy.

Viridiana lo observó detenidamente, no entendía por qué él estaba haciendo aquello, no obstante agradeció sus intenciones, de sus ojos comenzaron a caer pequeñas lágrimas las cuales se limpió con la manga de su bata. Rodrigo se dio cuenta y le extendió la mano, ella dudó unos segundos y luego la tomó. Él se sentó junto con ella en el borde de la banqueta, Viridiana se recargó sobre su hombro de lado y le contó todo, le dijo todo lo que había querido decir por llamada, él la escuchó atentamente sin interrumpirla y dejó que llorara en su hombro, extrañamente se sintió cómodo a pesar de todo, existía algo en aquella chica que lo hacía sentirse bien a su lado.

Capítulo 6

Capítulo 6

Un viaje al pasado

Aquella noche había unido de alguna manera a Rodrigo y Viridiana. Aunque todavía no eran los mejores amigos que se contaban sus más y profundos secretos, de vez en cuando intercambiaban mensajes de texto.

No habían vuelto a verse desde entonces, ambos estaban ocupados en sus respectivos trabajos, él seguía sin saber qué hacer con su prometida, pues ella continuaba suplicándole que la perdonara, sin embargo no tenía todavía una respuesta.

Los padres de Rodrigo decidieron en dejar que su hijo tomara su decisión por sí solo, solo le pidieron que se tomara su tiempo, que no hiciera una acción prematura. Por primera vez su padre le dijo que si quería terminar su compromiso con Mariana, él lo apoyaría, aun cuando eso tal vez significara poner fin a una larga amistad entre el padre de ella y este.

Cada día Rodrigo se sentía confundido, sabía que ya era todo un adulto funcional, aun así no se sentía capaz de realizar una decisión madura. Pero sobre todo se sentía solo. La infidelidad de Mariana no solo estaba a punto de terminar con su relación, sino que también perdió a todos sus amigos en el camino. Ahora entendía aquella frase que decía que los amigos se podían contar con los dedos de la mano, no obstante que había creído tener muchos amigos, ninguno lo fue realmente, salvo la chica desconocida que era residente de cirugía.

Se sorprendió cuando pensó en ella, creyó que no era adecuado llamarla amiga, seguía sin conocerla bien, aun así habían compartido momentos, situaciones de apoyo mutuo de las cuales jamás tuvo con sus supuestos amigos. Cada vez que pensaba en ellos lo único que podía recordar era estar de fiesta, ni siquiera en la ocasión en que su padre sufrió el preinfarto ellos lo apoyaron como se debía.

Cerró los ojos, entendió que nunca había tenido una amistad real y esto lo hizo sentirse mucho más solo.

Esa noche del viernes trató de despejar su mente de alguna manera, necesitaba dejar de pensar en muchas cosas. Tomó una cerveza del refrigerador y puso una película, no llevaba ni veinte minutos cuando decidió quitarla, reprodujo mejor una serie, sin embargo tampoco le gustó

y la quitó antes de terminar el primer capítulo.

Por un buen rato estuvo cambiando de canales sin detenerse en ninguno en especial, se sentía ansioso, apagó la televisión frustrado y aventó el control al otro lado del sofá. Pasó sus manos por su rostro, se sintió asfixiado, aquella soledad estaba siendo demasiado para él. Se levantó rápidamente y tomó las llaves del auto, no podía pasar más tiempo ahí, así que salió a la refrescante noche.

Mientras caminaba con rumbo al automóvil comenzó a sentirse mejor, definitivamente tenía que alejarse un poco de su departamento. Se subió al auto, lo prendió y tomó el volante, a pesar de ello no se movió, se quedó pensando a dónde iría, comprendió que quizás ya no tenía a dónde dirigirse. Había pensado visitar a sus padres, pero recordó a último momento que ellos no estaban en casa, puesto que salieron aquel mismo día de viaje y regresarían hasta el domingo.

Rodrigo suspiró hondo, no quería regresar a su departamento, mas tampoco le apetecía vagabundear por la ciudad solo. Sin darse cuenta cómo, se encontró manejando hacia su antigua colonia, en donde vivió durante su infancia, supo entonces que su mente lo estaba llevando hacia la casa de la doctora. No sabía si ella se encontraría ahí, es más ni siquiera creía recordar en dónde vivía, aun así se detuvo cerca de su antigua casa y comenzó a caminar por las calles que le trajeron a la mente grandes momentos de niño.

De repente reconoció la casa de Viridiana, se acercó a la puerta y tocó. Mientras esperaba respuesta se lamentó el no haberla llamado antes para decirle que iría hacia allá. Luego de varios minutos una mujer le abrió la puerta.

- Buenas noches, señora Montes – saludó Rodrigo, había reconocido a la mamá de la residente - ¿Se encontrará Viri?
- Sí, ¿quién la busca? – preguntó confundida la señora.
- Rodrigo Corcuera.
- ¿Rodrigo? – dijo sorprendida - ¡Vaya, no te reconocí! Han pasado ya muchos años desde la última vez que te vi. Pasa, por favor. Ponte cómodo en lo que le aviso a Viri que estás aquí.

Rodrigo asintió con la cabeza y algo tímido entró en la casa, se sentó en la sala en silencio mirando a su alrededor en lo que la señora Montes subía a buscar a su hija. Pensó que la casa no había cambiado en nada, se recordó haciendo la tarea o jugando con la doctora en aquella misma habitación, sonrió un poco, pensó que tal vez sus tiempos en la secundaria no habían sido tan malos como creía.

Viridiana se encontraba en su habitación leyendo un libro como siempre lo

hacía cuando alguien tocó a su puerta.

- Adelante –contestó la chica.

La señora Montes abrió la puerta, lo suficiente para llamar la atención de su hija.

- Te buscan abajo – comentó cuando Viri no volteó a verla.
- ¿A mí? – preguntó confundida quitando por fin la vista del libro.
- Sí – respondió su madre – Vino un muchacho guapo que dijo llamarse Rodrigo Corcuera.

Viridiana abrió demasiado los ojos y la boca por la sorpresa.

- ¿Y qué está haciendo aquí?
- No lo sé – replicó la señora entornando los ojos – Ve y averígualo.

La chica dudó unos segundos y miró a su madre, no sabía qué hacer. Su madre la apuró con un gesto, ella dejó el libro en la cama y caminó hacia la sala con pasos vacilantes. Su mente daba vueltas, Rodrigo jamás la había buscado por sí mismo, las pocas veces que se habían visto era porque esta se contactó con él.

Bajó las escaleras lentamente, su madre estuvo a punto de empujarla para que se apresurara, sin embargo Viri alcanzó a evitarla. Entró en la sala y pudo ver a Rodrigo sentado, ella se sintió más nerviosa y no pudo decir ninguna palabra. De repente él la vio y se levantó torpemente del sofá. Ambos se quedaron en silencio viéndose. La señora Montes puso los ojos en blanco, sabía que su hija era una chica inteligente, había elegido la carrera más desafiante que existía, a pesar de ello en ese momento no podía creer que no pudiera ni decir un simple saludo. Pasó por detrás de ella y le dio un codazo en la espalda para que reaccionara.

- ¡Hola! – saludó por fin Viri.
- ¡Hola! – contestó en automático Rodrigo.

Volvieron a quedarse callados, la señora Montes suspiró hondo, aquellos dos necesitaban algo de ayuda.

- Rodrigo, ¿te parece bien acompañarnos a cenar? – le preguntó.
- No quisiera importunarlas – respondió nervioso.
- No te preocupes – dijo la señora – Esta siempre ha sido tu casa. Desde que eras niño pasabas más tiempo aquí que en la tuya.
- Entonces será un honor – asintió con la cabeza.
- Perfecto, iré a la cocina, los dejo un rato – comentó y volteó a ver a su hija antes de desaparecer por el pasillo.

Los dos volvieron a quedarse callados, ninguno sabía bien qué decir.

- Lamento venir a tu casa sin previo aviso – soltó por fin el abogado.
- Está bien – contestó de inmediato Viri – Aunque si puedo ser sincera contigo, me sorprende que estés aquí.
- Lo sé – respondió él pasando una de sus manos por su cabello – Yo también estoy sorprendido de estar aquí.

Viridiana lo miró más confundida, no estaba entendiendo nada.

- Hace algunas horas estaba solo en mi departamento, y de repente sentí la necesidad de escapar de ahí, sentía que me asfixiaba y no tenía a dónde ir. Mientras conducía me encontré viniendo para acá y curiosamente encontré tu casa.

Estas palabras rompieron las pocas ilusiones que se había creado Viridiana cuando su madre le dijo que Rodrigo la buscaba, al principio pensó que él estaba ahí para verla, sin embargo se acababa de dar cuenta que la razón por la que estaba ahí era porque este no quería estar solo.

Ella suspiró hondo y fingió una sonrisa para disimular su desilusión.

- Bien, ¿y qué quieres hacer? – preguntó Viri.
- No lo sé. No planee llegar aquí, menos lo que pasaría después.
- Que te parece si damos una caminata por la colonia y platicamos – propuso la chica.
- Me parece bien – respondió él.

Viridiana tomó sus llaves y ambos salieron a la calle. Los primeros pasos los dieron en el más profundo de los silencios.

- ¿Hace cuántos años que no venías por aquí? – quiso saber la residente para sacar plática.
- Aproximadamente como unos ocho años – dijo pensativo Rodrigo – No puedo creer que nada haya cambiado durante ese tiempo.
- ¿En serio? – cuestionó extrañada Viri.
- Claro que no – contestó Rodrigo soltando una carcajada – Obviamente todo cambió, nada es como estaba hace ocho años. Aunque no puedo negar que me sorprendió ver a Don Jorge sentado afuera de su casa jugando ajedrez con Don Pedro, eso si no ha cambiado.
- Tienes razón – afirmó Viridiana – Siempre hay algunas cosas o personas que no cambian a pesar del tiempo.

La chica miró de reojo a su amigo, no sabía si era prudente preguntarle cómo estaba, porque presentía que él todavía seguía confundido por el tema de su prometida. Desistió de aquella pregunta, supo que era mejor no sacar a la luz aquel tema, se notaba que aún seguía luchando con eso, tanto que dicha batalla lo había llevado a buscar compañía de una chica a

la que al parecer ya no reconocía como amiga, sino como un simple recuerdo de su pasado.

La plática comenzó a fluir conforme avanzaba el recorrido. Se encontraron evocando a fantasmas del pasado, riendo a carcajadas al recordar las travesuras de su infancia y preguntándose por todas aquellas personas de las que ya no sabían nada.

Rodrigo sin darse cuenta volvió a sentirse como aquel niño feliz y cómodo en su entorno y mientras compartía la cena con Viridiana y su madre se olvidó por unas horas de aquella soledad que lo había embargado antes.

Capítulo 7

Capítulo 7

Propuesta

El señor Corcuera estaba en su oficina en el despacho, acabada de tener una acalorada llamada telefónica con el padre de Mariana, la prometida de su hijo. Este le había reclamado el por qué se pausaron los planes de boda de sus hijos.

El señor Echeverría se pasó recriminándole que su hijo no estaba cumpliendo con la promesa que le había hecho a Mariana. Era obvio que ella no le había contado a su padre la razón verdadera del por qué la boda estaba en pausa, también le quedaba claro que la muy desgraciada acudió a su padre para presionar a Rodrigo a casarse con esta.

El señor Corcuera no había querido interferir en la situación, sin embargo creyó que su hijo ya había tenido demasiado tiempo para tomar una decisión. No podía creer que Rodrigo no hubiera terminado ya con Mariana, luego de lo que esta le hizo, aquello era inconcebible, si a él le hubieran hecho eso, inmediatamente la hubiera mandado al carajo, a pesar de ello sabía perfectamente que su hijo no era así, aunque trató de educarlo para que fuera duro de carácter, había heredado el sentimentalismo de su madre.

Sin muchas ganas se levantó de su silla y se dirigió hacia la oficina de Rodrigo. Era el momento de presionarlo un poco para que todo terminara, no iba a soportar otra discusión con Echeverría a causa de la estupidez que había hecho su hija.

Sin tocar a la puerta entró sin más, encontró a su hijo en medio de miles de papeles que estaba revisando para un caso.

- Rodrigo, tenemos que hablar – dijo cerrando la puerta bruscamente.

Su hijo volteó a verlo, estaba acostumbrado a que su padre entrara en su oficina sin anunciarse, de todos modos todo aquel despacho le pertenecía a este.

- ¿De qué quieres hablar? – preguntó viendo como su padre se sentaba frente a él.

- Sé que te dije que no iba a presionarte con todo este problema de Mariana, pero creo que ya te tardaste en tomar una decisión – comentó el señor Corcuera bruscamente como si la infidelidad que sufrió su hijo fuera

un asunto más de trabajo – Tienes que decidir ya. O sigues con los planes de boda o mandas por fin al carajo a esa maldita.

- Papá...- decía Rodrigo suspirando sin embargo este lo interrumpió.

- Nada. Tienes de aquí al lunes, exactamente una semana para que te decidas. Ni un día más. Ya no puedo prolongar más esto. No quiero que Echeverría venga al despacho a montarnos una escena.

- ¿Por qué vendría el papá de Mariana a hacer un espectáculo? –cuestionó confundido su hijo.

- Resulta que la desgraciada de tu prometida fue a llorarle a su papá de que paraste los planes de boda para presionarnos. Claro, la muy maldita no le dijo que ella te puso el cuerno con Eduardo, no, eso no le convenía.

Rodrigo agachó la mirada, no podía creer que Mariana tuviera que recurrir a esos recursos para obligarlo a casarse con ella, a pesar de lo que esta le había hecho.

- Has lo que tengas que hacer – continuó el señor Corcuera – Tómame estos días de vacaciones, vete lejos de aquí para que pienses lo que vas a hacer. Pero eso sí, el lunes te quiero aquí a primera hora para decirme que ya tomaste una decisión.

- Sí, señor – respondió Rodrigo.

Su padre solo asintió con la cabeza y salió de la oficina de la misma manera en la que entró. El joven abogado aventó todo lo que tenía en el escritorio molesto. Se recargó en su silla y cerró los ojos por un momento. Pensó que su padre, como siempre, tenía razón, no podía prolongar más aquel martirio, no era sano para él. Tomó su primera decisión, se alejaría de ahí para pensar claramente. Haría el viaje que siempre quería hacer y no había tenido tiempo para realizarlo. No obstante se atravesó un segundo problema, no quería viajar solo, odiaba hacerlo, le daba miedo quedarse solo con sus propios sentimientos.

Entonces hizo su segunda decisión, tomó su celular y marcó un número, mientras esperaba que le contestaran, meditaba si era prudente pedirle a esa persona lo que estaba a punto de hacer.

- Bueno – escuchó una voz por el otro lado del auricular.

- Viridiana – dijo Rodrigo emocionado y con la adrenalina del momento – No quiero quitarte mucho tiempo, sé que estas de guardia, pero quiero saber si quieres acompañarme a un viaje.

- ¿A un viaje? – preguntó extrañada la residente.

- Sí, estaba pensando ir de viaje por los pueblos mágicos de aquí de Jalisco.

Viridiana se quedó unos segundos callada, estaba meditando la proposición, la cual era bastante rara para ser justos. No tenían mucho que acababan de empezar a entablar de nuevo una amistad y él ya le

estaba proponiendo irse de viaje solos.

- ¿Cuándo sería? – cuestionó la médica.
- Saldríamos mañana mismo.
- ¿Mañana? – se sorprendió Viri.
- Sí, sería hasta el domingo.

La residente volvió a guardar silencio pensando.

- Yo entiendo si no quieres o no puedes – soltó de pronto Rodrigo, empezaba a sentirse como un tonto por no haber meditado antes la proposición – Sé que nos acabamos de reencontrar, aun así en serio me gustaría que me acompañaras.

El abogado esperó respuesta ansiosamente, esperaba que lo que acababa de decir la convenciera.

- Tendría que revisar – contestó lentamente todavía pensando – El sábado me toca guardia otra vez y no sé si alguien pueda cubrirme con tan poca antelación.
- Está bien – respondió tristemente Rodrigo – Tú revísalo y si no puedes no te preocupes, no hay problema.
- Dame unas horas para buscar si alguien puede cambiarme esa guardia – manifestó de repente Viri – Te confirmo más al rato.

Colgaron. El corazón de Rodrigo latía al mil, nunca había tomado una decisión al calor del momento y menos una propuesta así a una chica a la que estaba volviendo a conocer, a pesar de ello no podía imaginar realizar aquel viaje si ella no lo acompañaba. Aun no sabía por qué la había invitado, sin embargo pensó que por algo la doctora había sido su mejor amiga en la infancia, lo único que sabía era que en los últimos días ella le regresó una tranquilidad, una paz que hacía mucho tiempo no sentía.

Capítulo 8

Capítulo 8

El viaje

Rodrigo se encontraba emocionado por el viaje que estaba a punto de realizar. Se le olvidó por unos minutos la finalidad de hacerlo. Sería una experiencia única a la cual lo acompañaría Viridiana.

A último momento ella encontró a un buen samaritano quien le cambió la guardia para que pudiera ir a aquel loco viaje. El joven abogado subió su equipaje y condujo temprano hacia su antigua colonia para recoger a la residente.

La noche anterior se la pasaron organizando el camino que recorrerían en auto. A las ocho de la mañana ya estaba en la puerta de la familia Montes para llevarse a su compañera de viaje. Rodrigo quería salir temprano para evitar en la medida de lo posible el tráfico de la ciudad.

Luego de ayudar a Viri con su maleta y despedirse de la señora Montes, los dos locos viajeros se subieron al auto azul rey que conducía el abogado.

Mientras atravesaban toda la ciudad para dirigirse a su primera parada, ambos estaban bastante silenciosos. A pesar de que se habían tratado un poco más en las últimas semanas, todavía seguía pegando esos ocho años que los habían separado. Sin embargo no se sentían incómodos, pues existía una extraña conexión entre los dos que hacía que no necesitaran de palabras para comunicarse.

- Si quieres puedes poner música – comentó Rodrigo – Solo conecta tu celular al bluetooth del auto.
- ¿Qué tipo de música pongo? – preguntó Viri revisando las listas de reproducción.
- La que quieras – respondió el joven abogado.
- Tengo unas canciones adecuadas para un viaje en auto – dijo emocionada la residente.

Viridiana reprodujo la música, la primera en sonar fue Leave before you love me de Marshmello y Jonas Brothers. Ella comenzó a cantar y a bailar. Rodrigo la miró de reojo y sonrió. Pensó que la había juzgado mal desde el principio, sin dudarlo era un poco loca, pero eso era parte esencial de ella, solo llevaba unos cuantos minutos del viaje y ya sabía que había

elegido a la compañera perfecta para el mismo.

Durante los kilómetros de camino que los llevó a su primer destino, el pueblo mágico de Comala en el estado de Colima, ambos se la pasaron a lo grande cantando a todo pulmón y disfrutando de la música. Luego de unas cuantas paradas, llegaron por fin a su destino.

Rodrigo se estacionó y saltaron a la calle para caminar hasta la plaza principal. Los dos platicaban y reían como locos, como en aquellos años que eran mejores amigos en la infancia.

- Ya que estamos en Comala – dijo Viridiana – Tienes que decir la frase célebre de este lugar.

Él la volteo a ver confundido.

- ¿Cuál frase? – preguntó pensativo.

- La del libro de Juan Rulfo, Pedro Páramo – contestó ella divertida.

El joven abogado pensó unos minutos, tenía años que había leído aquel libro y recordaba muy poco de él.

- “Vine a Comala porque me dijeron que acá vivía mi padre, un tal Pedro Páramo...” – recitó la residente.

Rodrigo soltó una carcajada, tenía muy en claro que una de las primeras opiniones que había tenido de su ahora compañera de viaje en su reencuentro era cierto. Ella estaba completamente loca.

Por unas cuantas horas estuvieron rondando por aquellas fantásticas y mágicas calles y tomándose fotos. Rodrigo no reparó en darse cuenta de que aquella extraña, cada vez le recordaba lo bien que lo hacía sentirse, como en los tiempos pasados.

Por la tarde regresaron a la plaza principal y se dispusieron a comer en uno de los más famosos restaurantes del pueblo.

- Cuando me viste por primera vez en el hospital luego de tantos años, ¿qué pensaste de mí? – quiso saber Viri.

Ésta era una de las preguntas que quería hacerle después de su reencuentro, y pensó que aquel viaje era el mejor momento para descubrir que tanto habían cambiado los dos.

- Pues de hecho creo recordar que no te reconocía – contestó Rodrigo – Hasta que me dijiste algunas cosas me acordé de cómo eras cuando

estábamos en la secundaria. Para ser sincero, no podía creer que fueras tú, porque cambiaste demasiado, físicamente sobre todo. Y pensé que estabas loca.

Viridiana sonrió con lo último que había dicho él.

- ¿Y sigues pensando lo mismo?
- Sí, de hecho he confirmado lo que me temía. Estás completamente loca.
- Bueno, como dice la frase: "Estás completamente loca, demente, pero te diré un pequeño secreto, las mejores personas lo están."
- ¿Eso es otra cita de un libro? – preguntó Rodrigo.
- No de un libro, de una película – respondió Viri – Alicia en el País de las Maravillas, la versión de Tim Burton.

Rodrigo asintió, sin embargo lo hizo por cortesía, no había visto aquella película, así que no sabía a lo que ella se refería.

- Tú sigues siendo igual – dijo de pronto la médica.
- ¿Tú crees? – dijo extrañado. Él ya no se sentía como aquel chico de catorce años.
- No físicamente, claro – señaló Viri – Pero tu personalidad sigue igual.
- Muchos dicen que me convertí en un mamón, sangrón, prepotente.
- Y tienen razón de alguna manera – respondió ella sin mirarlo.

Rodrigo dejó su cerveza en la mesa, no supo qué pensar de ese comentario, no sabía si tomarlo como un halago o una ofensa.

- Quiero decir – continuó la chica – Que tal vez en el fondo, muy en el fondo sigues siendo aquel chico que era mi mejor amigo.

Él seguía sorprendiéndose del alta estima en que ella lo tenía, no podía creer que siguiera pensando en que era el chico de catorce años, todos cambiaban, pensó. Dejamos de ser lo que fuimos para convertirnos en alguien mejor o peor.

En el día dos del viaje, luego de pasar rápidamente por el centro de la capital de Colima, emprendieron su viaje de regreso al sur de Jalisco. Su siguiente parada era el municipio de Ciudad Guzmán. Observaron desde la carretera el majestuoso Nevado de Colima y llegaron a tiempo para encontrarse con el dueño del departamento que habían rentado en donde pasarían las siguientes dos noches.

Ambos descansaron un poco y después se arreglaron para caminar por las calles de Zapotlán el Grande. En su trayecto hacia el departamento que rentarían vieron anuncios de un festival que se llevaría a cabo esa misma noche en la plaza principal, así que acordaron acudir al mismo. Rodrigo

estaba en la sala del departamento en espera de Viridiana, llevaba puesto una playera tipo polo en color azul marino y unos jeans con tenis, su atuendo se le hacía cómodo para el evento al que asistirían, sin embargo pensó en que debió de haberse vestido mejor cuando vio salir a su compañera de viaje de su habitación con un hermoso y florido vestido que la hacía lucir hermosa, complementado con unas zapatillas abiertas en tacón bajo.

Rodrigo la miró por unos cuantos minutos, nunca se había dado cuenta de lo bonita que era la loca extraña que lo acompañaba en ese viaje. Viridiana no se percató de la forma en que sorprendió al joven abogado con su vestimenta.

- Si estás listo, podemos irnos – comentó la residente tomando una bolsa de mano.

Rodrigo se sonrojó al darse cuenta de la forma en que había visto a su amiga y movió la cabeza para reponerse. Los dos salieron a disfrutar del atardecer que les brindaba aquel lugar.

Ya en la plaza principal el ambiente del festival se podía apreciar, los dos pasearon por los puestos y bailaron al compás de la música en vivo. Mientras bailaban en medio de la pista, Viridiana no pudo evitar que resurgiera algo en su interior, mirando hacia los ojos de Rodrigo recordó aquel sentimiento que había tenido hacía más de ocho años por ese mismo hombre, y que la había acompañado como un fantasma a través del tiempo.

Pensó que tal vez en esa ocasión pudiera tener una oportunidad de decirle a su compañero de viaje el verdadero secreto que venía arrastrando desde su adolescencia, y que en aquel tiempo decidió callar, el cual era que a pesar del tiempo y la distancia, ella seguía amándolo con todo su ser, como desde el primer día, cuando su yo pasado se dio cuenta de que se había enamorado locamente de su mejor amigo.

Capítulo 9

Capítulo 9

Decisión

Rodrigo abrió la puerta del despacho de su padre exactamente a las ocho de la mañana. El señor Corcuera dio un brinco hacia atrás en su asiento por la sorpresa, su hijo había hecho la misma entrada que él solía hacer, pensó que tal vez no eran tan diferentes después de todo.

Su hijo se quedó parado justo enfrente de él, lo miró con curiosidad, el rostro de su hijo se mostraba diferente, este reflejaba una completa paz, se veía alegre, como hacía semanas que no lo veía.

- Padre, he tomado mi decisión – comentó Rodrigo - ¡Al carajo los Echeverría! ¡Se cancela la boda! – gritó emocionado.

El experimentado abogado observó con determinación a su único hijo, luego de unos segundos solamente asintió con la cabeza como aprobación.

Rodrigo sin esperar respuesta y bastándole aquel gesto de su padre, salió de la oficina de la misma forma en que había entrado. El señor Corcuera siguió con la mirada la salida de su hijo. En seguida de que este cerrara la puerta detrás de él, el abogado se recargó un poco sobre el respaldo de su asiento.

Se quedó pensativo unos minutos, desde el principio había adivinado cuál sería la decisión que su hijo tomaría en relación a su compromiso, sabía que por más que hubiera amado a aquella chica, él no le perdonaría su ofensa, sin embargo lo que le causaba curiosidad era el comportamiento feliz que había tenido hacía unos segundos, si fuera por él, este hubiera gritado por todo el despacho el final de su compromiso, como quien rompe las cadenas de su esclavitud.

Presentía que luego de lo obvio, aquel comportamiento y decisión tenían que ver con lo que había pasado durante sus vacaciones y, sobre todo, tenía la firme idea que la doctora Viridiana Montes, quien fungió como su compañera de viaje, tenía algo o mejor dicho, mucho que ver en el cambio de actitud de su hijo.

El abogado medio sonrió para él mismo, le agradaba aquella chica, la conocía desde hacía muchos años y también conocía a sus padres, quienes habían sido grandes amigos antes de que el padre de Viridiana

falleciera de cáncer.

El señor Corcuera tarareó una melodía alegre, esperaba que su hijo enmendara su camino con la residente de cirugía. Pensó que tal vez algo bueno había traído su preinfarto, ya que había juntado nuevamente a aquellos dos tortolos y deseaba que ahora que ya estaban mucho más grandes y maduros, pudieran decirse todo eso que sentían desde la infancia, que fueran capaces de atreverse, de arriesgarse a hacer lo que no habían hecho en la secundaria, cuando su historia de amor quedó pausada.

Capítulo 10

Capítulo 10

Siempre tú

Aquel viaje unió mucho más a Viri y a Rodrigo, todo el tiempo estaban mensajeándose o llamando al otro. La amistad que habían tenido en la secundaria regresó.

Rodrigo le confesó a su amiga la decisión de romper definitivamente su compromiso.

-¿Y ella qué fue lo que hizo? – preguntó divertida la residente.

-Lo que ya esperaba – contestó el joven abogado – Se puso a gritar como histérica. Creo que jamás pensó que terminaría con ella. Y para ser sinceros, ni yo mismo lo pensaba.

-¿Y qué fue lo que cambió? – cuestionó con curiosidad la doctora.

-No lo sé bien todavía – se encogió de hombros – En cuanto desperté el lunes, supe que era lo que tenía que hacer.

Ambos se quedaron en silencio unos segundos, se encontraban acostados sobre la parte trasera del auto de Rodrigo observando las hermosas estrellas que les ofrecía la Barranca de Huentitán.

-¿Qué opinó tu padre sobre terminar tu compromiso?

-Realmente no dijo nada. Pero supongo que él esperaba aquella respuesta – continuó Rodrigo – En cuanto supo que Mariana me había engañado, se puso como loco. Odia ese tipo de cosas.

-¿No tendrán problemas con el papá de Mariana? – quiso saber la chica – Me contaste una vez que los dos son grandes amigos.

-Eso no le importa a mi padre. Desde el principio me dijo que me apoyaría en cualquiera que fuera mi decisión, aunque eso significara terminar una amistad como esa – Rodrigo sonrió – De hecho creo que le fascinó mandar al carajo al padre de Mariana cuando este le marcó para reclamarle que yo había terminado con su hija.

Volvieron a quedarse callados un tiempo, los dos se estaban acostumbrando a aquellos silencios, eran parte de su amistad.

-¿Y qué piensas hacer ahora?

-Tampoco lo sé. No voy a negar que no me duele el terminar con ella – dijo con tono triste y con un suspiro – Me duele demasiado. Mariana significó por mucho tiempo todo aquello que quería tener, todos aquellos sueños de matrimonio y formar una familia, y ahora ya no queda nada,

más que esto, una promesa rota.

Rodrigo levantó el anillo de compromiso que le había dado a Mariana, y que ella en medio de la histeria total, le aventó a la cara.

-Me siento extraño, siento que no sé cuál es el camino que ahora debo de seguir – comentó Rodrigo - ¿Qué fue lo que tú hiciste cuando te rompieron el corazón? – le preguntó a su amiga.

Viridiana movió un poco la cabeza para poderlo ver, él seguía observando hacia el cielo. Meditó las palabras que diría.

-Simplemente dejé que el destino me llevara por el camino correcto – dijo de pronto – Solo me dejé llevar.

-Puedo preguntar, ¿qué fue lo que pasó? – dijo Rodrigo volteándola a ver.

Ella suspiró y fijó sus ojos en el grande y hermoso cielo que tenía delante.

-Hace muchos años me enamoré de un chico fantástico, primero fuimos amigos, pero luego todo ese cariño se volvió en amor. Y cuando yo estaba completamente enamorada, él simplemente se fue, así como si nada hubiera pasado.

-¿Cómo pudo haberte hecho eso? – preguntó molesto el joven abogado.

-No lo sé. Yo pensé que todo iba bien, pero al parecer no era así. - Después de que él se fuera, me rompió en miles de pedazos. A pesar de que todavía era muy joven, sabía que no volvería a amar a otro hombre que no fuera él. Le lloré días y noches, y me sentaba todas las tardes en la banca de la plaza en la que solíamos pasar horas, esperando a que él volviera.

-¿Y lo hizo? – preguntó Rodrigo cerrando un poco los ojos, estaba totalmente agotado, había tenido un día desastroso en el trabajo y ahora su cuerpo le pasaba la factura.

-En aquel momento no – contestó mirando a su amigo – Apareció muchos años después.

-¿Y era cierto?

-¿El qué? – cuestionó la doctora.

-Que no volverías a amar a otro hombre más que a él – dijo en voz baja, cayendo casi por completo en los brazos de Morfeo.

Viridiana aprovechó que Rodrigo se estaba quedando dormido para observarlo a detalle. Repasó cada una de sus facciones, sus ojos, sus labios, la cicatriz que este tenía en la parte superior izquierda de su frente, ocasionada por una pelea de borrachos que él había tenido en sus tiempos de universitario.

Viri suspiró hondo, trató de contener todo aquello que su amigo la hacía sentir. Meditó con cuidado lo que estaba a punto de decir, ya no podía

más, tenía que revelarle a su amigo lo que le carcomía su corazón.

-Sí. En cuanto lo vi lo supe. Era como si hubiera regresado en el tiempo. Como si no hubieran pasado bastantes años. Ahí fue cuando me di cuenta de que a pesar de todo, siempre sería él.

Volvió a suspirar y esta vez más hondo.

-Siempre serás tú. Siempre tú – contestó en un murmullo.

Viridiana siguió viendo a aquel chico que tenía a su lado, a ese hombre que no sabía cómo rayos le había hecho, pero que había ocasionado que ella siguiera enamorada de él por ocho largos años, como si nada los hubiera separado.

Desgraciadamente él ya no podía escucharla, se había quedado dormido en medio de aquella confesión tan importante para ella. Viri se acercó a él, le dio un beso en la cicatriz y se acurrucó junto a Rodrigo.

-Rodrigo, te puedo pedir algo – dijo la residente.

-Ajá...- contestó el chico en automático, más dormido que despierto.

-¿Te quedarías conmigo? Por favor – dijo nuevamente en un murmullo junto al oído de este – Quédate conmigo.

Capítulo 11

Capítulo 11

Desde el inconsciente

Todo lo que se reveló aquella noche, había quedado entre Viridiana y el cielo estrellado. Rodrigo luego de despertar no dio señales de que había escuchado alguna palabra de su amiga.

La doctora no se molestó por aquello, creyó que por alguna razón era mejor de que él no hubiera oído su confesión y no volvió a tocar el tema, no sabía si era oportuno decirlo, por ahora lo guardaría nuevamente, como lo había hecho por ocho años.

Se volvió bastante común que Rodrigo y Viridiana pasaran mucho tiempo juntos, se habían vuelto inseparables y aunque la residente quería más, sabía que por ahora era todo lo que podía tener. Rodrigo tenía que atravesar su duelo por el rompimiento de su compromiso, que aunque él lo negaba, le dolía profundamente.

Cada vez que estaban juntos, Viri tenía que sacar toda su fuerza de voluntad para no arrojarle a los brazos de su amigo y besarlo. Rodrigo se encontraba tan despistado que no se daba cuenta del esfuerzo que hacía su amiga para contenerse.

Aunque Viridiana creía que el abogado no había escuchado su confesión, el inconsciente de este le anunciaba por las noches mientras dormía aquellas palabras. Las primeras veces que Rodrigo las escuchó en sueños, pensó que alguien había entrado a su departamento, sin embargo en seguida descubrió que aquella voz provenía de su interior.

Existía alguien que le hablaba desde adentro de su mente, creyó que se estaba volviendo loco, pero comprendió que era algo que su cerebro quería traerle desde lo profundo de su interior, un recuerdo.

Por más que se esforzaba en recuperar aquel recuerdo, lo más que pudo rescatar fue la voz de una mujer diciéndole: Quédate conmigo. Ella lo repetía continuamente como en un murmullo. No pudo reconocer esa voz por más que trataba, pensó que quizás era algo que Mariana le dijo una vez, y que ahora que atravesaba el dolor de la ruptura, su mente con el afán de atormentarlo recuperó aquellas palabras.

Ya habían pasado bastantes semanas luego del final de su compromiso, poco a poco Rodrigo sentía que estaba mejorando. Por ahora no quería

volver a tener otra relación romántica, quería estar solo por un tiempo, entendía que no necesitaba a una pareja a su lado, con tener a su amiga era suficiente.

Su padre le había insinuado unas cuantas veces que la doctora Montes era una chica encantadora, a lo que el joven abogado le contestó refunfuñando que lo sabía, pero que jamás se le había ocurrido ver a su amiga de otra manera.

Aquellas palabras lo dejaron pensativo por un tiempo. Aceptó que Viridiana no solo era una chica encantadora, sino que también era inteligente, amable, hermosa y que tenía una habilidad para que él se sintiera cómodo con ella, sin embargo luego de meditarlo un poco se había deshecho de esos pensamientos. Ella era su amiga, solamente eso, él no sentía nada más por esta y mucho menos Viri le había insinuado a él otras intenciones. Creyó que entre los dos solo existía una pura y bonita amistad, aunque no podía negar que la voz de ella hacía que todo cambiara de negro a rosa, que con una simple sonrisa de esta podía componer un día terriblemente mal y que él cada vez ansiaba más encuentros con ella.

Aun así, Rodrigo no se dio cuenta de que inconscientemente él se vestía para ella, de que sonreía por ella, que suspiraba por ella, que la encontraba hermosa aunque fuera todo un desastre saliendo de guardia y sobre todo de que él vivía por ella.

Capítulo 12

Capítulo 12

Cena para dos

Rodrigo bajó de su auto, y antes de tocar a la puerta, se dio un vistazo a través del reflejo del vidrio del auto para acomodar su corbata. Ya que comprobó que su traje estaba bien puesto, se acercó a la puerta y tocó el timbre. Mientras esperaba a que le abrieran la puerta, se movió nerviosamente. Se dijo que tenía que calmarse, pero no podía.

La señora Montes abrió la puerta, y luego de saludarlo, lo invitó a pasar. Se quedó solo en la sala en lo que ella avisaba a su hija de su llegada.

- ¡Tienes que tranquilizarte! – se regañó mentalmente – Es solo una cena con una amiga.

Y eso es justamente lo que era, una cena con su mejor amiga. Dos días antes, Rodrigo recibió una llamada telefónica del restaurante más codiciado de la ciudad, para confirmar una reservación para dos personas. El joven abogado se sorprendió al recordar aquella cena, la cual había hecho hacía más de seis meses, aunque claro, en ese tiempo, la finalidad era festejar su aniversario de noviazgo con su ex prometida.

Inconscientemente confirmó la reservación en esa llamada, y cuando reaccionó de lo que había hecho, estuvo a punto de volver a marcar al restaurante para cancelarla. Sin embargo a último momento se detuvo, era bastante trabajoso encontrar una fecha para cenar en aquel lugar como para desaprovechar esa oportunidad.

Pensó que tal vez sus padres podrían darle utilidad a esa reservación, pero su padre le había sugerido sutilmente, que podría llevar a tan elegante restorán a Viridiana. Obviamente el señor Corcuera tenía la intención, de que ya estando los dos al calor de un espacio super romántico, sucediera algo que les diera un empujón.

Después de pensarlo por un día, Rodrigo le hizo caso a su padre, pensando que solo era una invitación a cenar con su amiga, al restaurante más romántico de la ciudad.

Dejó sus pensamientos a un lado cuando escuchó a Viridiana bajar por las escaleras, trató de no apretar la rosa que traía en las manos. Dicha flor se la había comprado a Viri a último momento, nuevamente gracias a la recomendación de su padre, misma que al principio rechazó, pero que a

unos cuantos metros de llegar a la casa de su amiga, su mente lo hizo cambiar de opinión y dio vuelta bruscamente en una esquina para buscar una florería.

Luego de observar todas las flores, solo había escogido una rosa roja, la cual fue arreglada elegantemente dentro de una caja, porque se dijo Rodrigo a sí mismo que solo era un detalle para una gran amiga.

No pudo evitar su rostro de sorprendido al ver a su amiga, quien lucía más bella de lo normal con ese vestido verde de tirantes, con falda plisada.

Viridiana acomodó un mechón de cabello hacia atrás con nerviosismo, y acto seguido tomó su cartera con ambas manos apretándola un poco. A pesar de que ambos sabían que aquella cena solo era de amigos, estaban muy nerviosos.

Sin medir palabra alguna, salieron rumbo al auto para llegar a tiempo al restaurante. Durante el trayecto, conversaron un poco tímidos. Rodrigo se sentía como un tonto en ese momento, ya que se comportaba como si estuviera en una primera cita y no con su mejor amiga, aun así no pudo negar que la corbata que llevaba, había sido un regalo de ella en su cumpleaños pasado, y que justamente por eso se la puso.

Al llegar al restaurante, el personal del valet parking les abrió la puerta, y en seguida de que Rodrigo dijera su nombre en la recepción, los condujeron hasta donde se ubicaba su mesa. Para sorpresa de ambos, la mesa reservada para ellos no se encontraba justamente dentro del salón principal, sino en una terraza privada con una vista espectacular a la ciudad.

Cuando uno de los meseros se acercó a servirles champagne sin preguntarles, el joven abogado recordó que la reservación que había hecho hacía bastantes meses era una especial, justamente para una cena romántica.

Rodrigo se sonrojó en cuanto escuchó la música de fondo, que el restaurante reprodujo de acuerdo a las peticiones que hizo al momento de reservar.

Viridiana continuaba apretando la cartera que tenía sobre sus piernas. Era obvio que esa cena estaba destinada para su amigo y su ex prometida. Deseo internamente que esa velada hubiera sido elegida especialmente para ella, pero eso era mentirse a sí misma. Rodrigo no le había dado señales de otra cosa que solo amistad, aunque no podía negar que seguía intrigada por aquella rosa que le regaló unas horas antes.

Miró de reojo a su amigo, quien seguía volteando hacia la mesa un poco incómodo. Vio nuevamente la rosa colocada sobre la mesa y luego la corbata que traía el joven abogado. Suspiró imaginando que la razón por la que se la había puesto esa noche, era porque este se había arreglado para ella, de la misma forma en que la residente lo hizo. Aquel vestido que llevaba era por él, el verde y justamente ese tono, era el color favorito de Rodrigo.

Viridiana comenzó a platicar con su amigo como si nada pasara, para que este pudiera relajarse un poco. La doctora pensó que la razón por la que su amigo se sentía incómodo, era porque esa cena le recordaba su compromiso roto, y que tal vez, él hubiera querido estar en ese momento con otra persona y no con ella.

Como si la voz de la residente fuera un analgésico para sus sentidos, Rodrigo empezó a relajarse poco a poco, y no se percató del instante en que se sintió completamente cómodo con ella, sin importar lo demás.

Pronto las risas y la plática alegre inundaron el ambiente. Mientras disfrutaban de una comida deliciosa y de una vista maravillosa, algo comenzó a brotar entre los dos, algo que solamente se podía ver reflejado en sus ojos. Ese brillo especial que aparece en ellos cuando miras a la persona que más quieres en este mundo.

Ninguno de los dos pudo darse cuenta de que ambos empezaban a mirarse de otra manera, porque lo único que les interesaba estaba justo enfrente de ellos.

Después de la mágica cena, Rodrigo llevó a Viridiana hasta su casa. Cuando llegaron, él corrió hasta la puerta de ella y la abrió para que esta pudiera bajarse. Los dos se quedaron frente a frente sin decir nada, solamente se miraban a los ojos completamente perdidos.

- Gracias por la velada – dijo Viridiana.
- Fue todo un placer – respondió Rodrigo.

Entonces ella hizo algo demasiado arriesgado, sus pasos la llevaron hasta él y le dio un beso en la mejilla, a unos cuantos centímetros de su boca.

- Buenas noches – dijo ella en un murmullo.
- Buenas noches – contestó el joven abogado como hipnotizado.

Sin embargo ninguno de los dos se movió, estaban ahí a unos cuantos centímetros, sintiendo la respiración del otro. Sin saber cómo, cuándo y el por qué, Rodrigo terminó de cortar la poca distancia que los separaba, y tomándola de la cintura, la besó.

Ella les dio la bienvenida a los labios de su amigo, y lo abrazó por el cuello. No supieron cuánto tiempo estuvieron besándose, lo único que entendían era que no querían que terminara, querían permanecer así, juntos, sintiendo los labios del otro. Él apretando su cintura. Ella de puntitas para poder seguir rodeándolo con sus brazos.

El tiempo se detuvo mágicamente, la luna los acogió con su tenue luz, y todo a su alrededor se puso de acuerdo para que los enamorados tuvieran su primer beso, como salido de un cuento de hadas.

Capítulo 13

Capítulo 13

Ella

La noche del sábado Rodrigo seguía por las nubes, luego de lo que pasó el día anterior, se sentía flotando por el espacio.

Sintió que aquel beso lo había despertado de un letargo mágico, en el que estuvo por mucho tiempo. En ese momento se sentía extasiado, como drogado, mirando y sonriendo tontamente al techo de su habitación.

Suspiró varias veces y cerró los ojos, aun podía sentir el roce de sus labios. Volvió a sonreír para él mismo, jamás se había sentido de esa manera, ni siquiera con Mariana, de quien creía que se encontraba enamorado.

Nuevamente sonrió, pensó que todo en este mundo pasaba por alguna razón y ahora el universo había conspirado para que el amor regresara a su vida. Sabía que no existía en este planeta alguien mejor que ella, y de alguna manera entendía que su amiga le correspondía. Lo había notado mientras se besaban.

Comprendió que ella se había equivocado, puesto que si pudo enamorarse de otro hombre. Recordó cada detalle de la noche anterior, el cómo la residente le construyó el puente entre sus labios y los de él. Si Viridiana no se hubiera atrevido a darle un beso en la mejilla y murmurarle las buenas noches, él tal vez no hubiera obedecido al impulso de besarla.

El murmullo. Aquel tono en que ella le dio las buenas noches se le hizo familiar. Recordó como en un flashazo, las palabras que había escuchado dormido y que no supo si eran real.

- "Siempre sería él... Siempre serás tú... Siempre tú."

Entonces comprendió todo, ese hombre que le rompió el corazón a su amiga hace muchos años, había sido él mismo. Luego de que terminara el año escolar, él junto con su familia se habían marchado de la colonia, y no tuvo oportunidad para despedirse de Viridiana. Por eso cuando se reencontraron en el hospital, ella estuvo bastante insistente en retomar el pasado.

Al parecer no había estado tan dormido en la noche en que la residente le confesó su amor. Su mente se esforzó por mantener guardadas aquellas

palabras.

- Sí – contestó para sí mismo a la petición que su amiga le había hecho esa noche – Sí me quedo contigo.

A parte de comprender de que estaba enamorado de Viridiana, se encontraba a punto de aceptar, que siempre había sido ella la mujer a la que había amado de verdad. Siempre ella.

Capítulo 14

Capítulo 14

Confesiones

Rodrigo estaba embriagado con la noticia, con aquella revelación que había surgido desde su interior. Por fin pudo aceptar ese sentimiento al que se había negado rotundamente y que rondó en su cabeza por los últimos meses. A pesar de ello comprendió que era tonto seguir de esa manera, tenía que admitirlo, debía confesar que se encontraba loca y profundamente enamorado de Viridiana.

Entonces recordó perfectamente que ya se había sentido de esa manera, y no precisamente con su antigua novia, sino con la misma chica por la que ahora experimentaba eso. Él se enamoró de Viri cuando ambos estaban en la secundaria, sin embargo en ese entonces decidió no confesárselo, porque temía perder aquella complicidad, esa amistad que los unía.

Sabía que ahora no podía tomar la misma decisión, debía ser valiente y decirle a la mujer que amaba, todo lo que ella había despertado en él. Jamás había sentido un amor tan puro y hermoso como aquel. Entendía que su amiga era la razón por la que él quería ser un mejor hombre, y no quería conformarse con ser simplemente su amigo, la amaba y deseaba compartir quizás toda la vida a su lado como pareja.

Rodrigo se levantó de la cama y tomó su celular, no le importó la hora que marcaba el reloj, sabía que Viridiana estaría despierta porque justamente le tocaba guardia en el hospital. Mientras el teléfono timbraba, comenzó a tener ansiedad, sus manos y pies temblaban. Pensó que tal vez aquella no era la forma de declarar su amor a su amiga, pero no podía esperar a que amaneciera. Viridiana entre muchas otras cosas le había enseñado que nadie tenía asegurado vivir un día más, ninguno sabía cuándo sería su último día en este mundo, y que por esa razón debíamos vivir cada segundo como si el final estuviera cerca.

Luego de varios minutos de timbrar, pensó que quizás ella estaría ocupada en alguna cirugía, no obstante la residente contestó antes de que él decidiera terminar la llamada.

- Bueno – contestó una Viridiana cansada.
- Viri, perdón que te moleste – dijo Rodrigo tratando de permanecer tranquilo, aunque su corazón latía con tal fuerza que pensaba que saldría de su cuerpo – Sé que estás trabajando, aun así quisiera que me regalaras unos cuantos minutos para decirte algo de suma importancia.

- Claro, tengo cinco minutos antes de entrar a una cirugía – respondió ella.
- Quiero confesarte algo que me agobia desde hace algunos días – él respiró hondo, era el momento de la verdad, ya no había marcha atrás – Desde que regresaste a mi vida, me has hecho ver las cosas de diferente manera, me has abierto los ojos, he podido comprender y disfrutar cosas que antes eran imposibles para mí. Me has convertido en otro hombre, en uno mejor.

Ambos se quedaron en silencio unos cuantos segundos, Rodrigo trataba de encontrar las palabras perfectas para la situación. Entonces escuchó por el auricular que alguien a lo lejos llamaba a Viridiana.

- Voy en unos minutos – contestó la residente a la tercera persona – Perdona, Rodrigo, pero tengo que irme, me esperan en el quirófano y todavía tengo que arreglarme para entrar.
- Espera, solo dos minutos más – se apresuró a decir, tendría que recortar el discurso que había pensado mentalmente para su declaración – Seré directo... Te amo. Me he enamorado de ti como jamás pensé que podía hacerlo, sé que también sientes algo por mí, creo que siempre lo he sabido desde la secundaria, no obstante nunca me atreví a nada más. Solamente quiero pedirte que me permitas estar contigo, quiero ser tu amigo, tu novio, tu amante, tu confidente, lo que tú me permitas ser. Porque créeme, no puedo concebir una vida en la que no estés tú.

Viridiana se quedó impactada, había deseado tanto escuchar aquellas palabras desde que tenía catorce años, y ahora se volvía realidad. Respiró varias veces, una sonrisa se dibujó en su rostro.

- Yo también te amo, Rodrigo – respondió ella – Y claro que me gustaría que estés conmigo como mi pareja. Siempre he estado enamorada de ti.

Rodrigo pudo respirar tranquilamente, luego de escuchar lo que Viridiana le acababa de decir, su mundo se convertía en un mejor lugar en donde vivir, y no podía esperar por existir en ese planeta de felicidad absoluta de la mano de su amada.

- Sé que tienes que irte, así que te parece si nos vemos después de que termines tu guardia, y seguimos platicando sobre esto – sugirió Rodrigo.
- Claro, me encantaría – sonrió Viri como toda una enamorada.
- Muy bien, entonces que te vaya bien en lo que resta de la guardia, nos vemos en unas horas.
- Que descanses, Rodrigo – se despidió ella.

Ambos colgaron, él se aventó a la cama y miró al techo como hipnotizado. Cerró los ojos y en lo único que pudo soñar fue en las ganas que tenía de volver a besar aquellos labios que lo habían llevado en una ocasión al

paraíso, y de tomar esas manos tan tersas y suaves que estaba seguro de que no quería soltar jamás.

Capítulo 15

Capítulo 15

Quédate conmigo

La mañana había llegado con todo su esplendor, el sol brillaba como nunca. Por primera vez Rodrigo despertó de buen humor, las mañanas jamás habían sido para él, siempre le había costado demasiado poder levantarse de la cama, sin embargo aquel domingo trece de marzo era totalmente diferente.

Despertaba de un excelente humor, en cuanto abrió los ojos recordó las palabras que le había dicho Viri, se sentía el hombre más dichoso y afortunado del mundo porque ella lo amaba. Luego de levantarse de la cama, se dirigió a tomar un baño, se arregló como sabía que a la residente le encantaba verlo y tarareando una canción, salió de su departamento para dirigirse al encuentro con el amor de su vida.

En el camino se desvió para pasar por una florería, aunque claro que le costó mucho encontrar una abierta a esa hora de la mañana en un domingo, estando ahí escogió las flores perfectas para ella, las flores favoritas de Viri. Cualquiera otra persona hubiera pensado que Viridiana no tenía una flor preferida, puesto que amaba las flores por igual, no obstante si realmente uno prestaba atención, podía darse cuenta de que tenía una ligera inclinación hacia las rosas. Luego de varios meses de convivir con la médica, una vez se dio cuenta de que tardaba un poco más admirando las rosas que cualquier otra flor. Aun así, también había aprendido que un simple ramo de rosas no era suficiente, el ramo perfecto para ella tenía que contener rosas de diferentes colores, debía tener los colores naranja, rosa, blanco, rojo, morado y amarillo.

Después de pagar el ramo, subió a su auto y condujo directo y sin escalas hasta el hospital. Debido a que en la zona del hospital siempre estaba congestionada, se estacionó a dos cuadras de la entrada principal. Cuando se detuvo, le envió un mensaje a Viridiana para avisarle que ya había llegado, ella le contestó que no tardaba en salir, que estaba haciendo la entrega de la guardia al médico entrante. Rodrigo esperó unos cuantos minutos dentro del auto, golpeando con sus manos el volante al ritmo de la música. Entonces de reojo alcanzó a ver al otro lado de la avenida a la chica a la que había ido a recoger, quien estaba buscándolo.

Rodrigo salió del auto y movió las manos en alto para llamar la atención de Viridiana, ella lo vio a lo lejos y caminó hacia él. Ambos se miraban a la distancia, en su interior surgió algo que los quería hacer correr a los

brazos del otro, sin embargo se contuvieron, había una avenida bastante transitada que los separaba. A los dos se les hizo eterno el cambio del semáforo de rojo a verde, para que la residente pudiera cruzar hasta donde estaba esperándola el joven abogado. Entonces por fin el verde le dio paso libre a Viri para caminar rumbo al hombre con el que había soñado toda su vida. Mientras más se acortaba la distancia, más se les iluminaba el rostro a los dos, aquel momento era de absoluta y completa felicidad, Rodrigo pensó que no había nada que pudiera arruinar ese instante.

Para su desgracia aquello no era verdad, y lo que pasó después fue demasiado rápido como para que alguno de los dos pudiera reaccionar. Cuando Viridiana se encontraba a la mitad de la avenida, una camioneta que venía a gran velocidad se dirigió hacia ella. Al conductor no le importó ver el semáforo en rojo que impedía su paso, su mente estaba nublada por el alcohol que había consumido y que todavía no podía asimilar su cuerpo, por lo que no pudo ver a Viri hasta a unos centímetros antes de golpearla.

Un fuerte ruido resonó por la calle, Viridiana salió disparada hacia la parte trasera del vehículo, mientras la camioneta se volteaba a unos cuantos metros de ella. Ante el inminente accidente, Rodrigo trató de correr a protegerla, sin embargo el tiempo no le alcanzó para llegar hasta donde la médica recibía el golpe del duro metal de la camioneta. Un segundo vehículo que venía detrás, aún después de haber frenado, no pudo evitar pasar sobre la residente y quedó atrapada entre los neumáticos del segundo automóvil.

Inmediatamente los gritos empezaron a escucharse, Rodrigo corrió hasta donde estaba prensada Viridiana, y se aventó al piso. Con el estómago pegado al suelo, estiró su brazo izquierdo para poder alcanzar la mano de ella.

- ¡Viri, háblame! – gritó cuando pudo tocarla – Quiero que me escuches, mírame! – le ordenó.

La chica como pudo volteó a verlo, de su boca salía sangre, no podía hablar, le estaba costando trabajo respirar.

- Necesito que te quedes aquí conmigo – volvió a gritar - ¡Que alguien la ayude! – gritó a la gente a su alrededor.

Rodrigo escuchó a lo lejos a alguien llamando al novecientos once para reportar el accidente y pedir una ambulancia.

- Resiste – le pidió a su amada – Ya no tarda en llegar la ayuda.

Ella parpadeó con dificultad dos veces para responderle afirmativamente. A pesar de ello, la ayuda no llegaba, no alcanzaba a escuchar el sonido de la ambulancia, no podía creer que estando a dos cuadras de un hospital tardaran tanto en arribar.

Viridiana comenzó a cerrar los ojos, aunque ella luchaba por mantenerlos abiertos.

- ¡Viri, abre los ojos! – le ordenó – No me dejes, quédate conmigo. Quédate conmigo. Quédate conmigo – repitió.

No supo exactamente cuántas veces repitió aquellas palabras hasta que llegaron los paramédicos. Uno de ellos lo levantó de donde se encontraba tirado, y lo hizo a un lado con delicadeza para poder tener acceso a Viridiana.

Como pudo Rodrigo se sentó en el suelo, pasó su mano por la mejilla derecha y sintió unos pequeños vidrios incrustados en ella, aun así sentía que todo su cuerpo estaba paralizado, entumido. Aunque se encontraba a unos cuantos metros de donde se ubicaba Viri, sintió que su vista lo alejó más de lo que realmente era, ya que su mente también permanecía algo nublada y confundida por el accidente.

Mientras los paramédicos atendían a Viri, Rodrigo en murmullos seguía pidiéndole a su amada que se quedara con él. Solamente habían pasado unos minutos en que la había soltado, cuando vio que uno de los paramédicos acomodó una sábana blanca encima del rostro de la chica. Él abrió mucho los ojos y entendió lo que pasaba... Ella no se había quedado con él.

Capítulo 16

“¿Qué? Al final te lo han contado, ¿no?

Bueno, ya conoces mis defectos,

Si anduve con éste y con aquel,

Con ésta y con aquella,

Con esto y con aquello...”

Rodrigo miraba al atardecer desde la parte trasera de su vehículo, un cielo teñido de anaranjado que ofrecía la Barranca de Huentitán, le regalaba un poco de paz luego de la terrible tormenta que había caído sobre él. Aquel tsunami que había azotado contra todo, contra sus planes, sus sentimientos, contra su vida, dejando solo devastación a su paso.

Suspiró hondo, esperaba que pronto, algún día no muy lejano, esas heridas que ahora sangraban pudieran cicatrizar. Pensó que tal vez jamás podría deshacerse de ellas, las cuales quedarían por siempre en su piel, pero sobre todo estarían cubriendo su corazón.

“...Yo he rodado de acá para allá,

Fui de todo y sin medida,

Pero te juro por Dios que nunca llorarás

Por lo que fue mi vida...”

Por más que trató, no pudo evitar que las lágrimas escaparan de sus ojos, se sentía completamente vacío, le habían arrebatado una parte importante de su existencia, era mucho peor que perder un órgano vital. Sentía que llevaba un poco más de un mes viviendo en respiración

artificial y que por sí mismo no podría volver a hacerlo.

Había estado viviendo en coma después de la muerte de Viridiana, y ahora creía que nada tenía sentido. Gracias a ella, había empezado realmente a vivir, a preocuparse por las cosas verdaderamente importantes, la chica le enseñó una nueva forma de vida y ahora ya no estaba, lo había dejado a la deriva, como un náufrago en medio del océano.

“...No, no puedo responder, amor

Lo único que sé es que te amo,

Y eso, no hay fuerza, ni ley

Que lo pueda mover, eso es sagrado...”

Lloró, lloró fuertemente por aquel amor, por esa persona maravillosa que le había dado todo a cambio de nada. No sabía cómo iba a superar ese desastre, de alguna manera tenía que hacerlo, ahora con más razón tenía que levantarse, continuar por los dos, por la vida que le habían arrebatado a su amada, puesto que ya no podría cumplir con todos aquellos mágicos y hermosos sueños que ella había planeado para su futuro, el cual ya no existía más.

“...Yo he rodado de acá para allá

Fui de todo y si medida,

Pero te juro por Dios que tú nunca pagarás

Por lo que fue mi vida.”

El joven y desamparado abogado se limpió las lágrimas con la manga de su suéter. Respiró hondo, miró con cuidado el horizonte, ese camino que tenía que tomar, ese camino incierto y que le daba mucho miedo. De un brinco se bajó de la parte trasera del auto y se dirigió hacia la puerta del conductor.

Antes de entrar en el vehículo, echó una última mirada hacia aquel basto horizonte, acto seguido entró y encendió el auto. Con su maleta en la

cajuela y con sus esperanzas e ilusiones sobre el asiento vacío del copiloto, quitó el freno y condujo fuera de aquella vida que ya no conocía, estaba listo para dirigirse hacia lo desconocido.

Sabía perfectamente que para retomar su rumbo, primero tenía que encontrarse a sí mismo. Volvería sobre sus pasos, en aquellos lugares en los que alguna vez fue feliz, y recogería cada uno de los pedazos de su alma para seguir viviendo la vida que no tendría ella.

Porque a pesar de que él le había pedido, le había rogado, suplicado y hasta ordenado, ella no había cumplido la misma promesa que él prometió hacer.

- Quédate conmigo. Quédate conmigo. Quédate conmigo – resonaba en su cabeza.

Pero no... Ella no se había quedado con él. Y jamás lo haría.